

A detailed oil painting of an elderly man with a long, grey beard and a fur hat, looking out from a window. The window is covered with a grid of circular metal grates. The man's face is the central focus, with realistic shading and texture. The background behind the grates is dark and textured. The overall style is reminiscent of 17th-century Dutch or Flemish portraiture.

Ariel Magnus

URIEL Y BARUCH

INTERZONA

Ariel Magnus

URIEL Y BARUCH

O El alma de la inmortalidad



INTERZONA

INTERZONA

Magnus, Ariel

Uriel y Baruch : el alma de la inmortalidad / Ariel Magnus. - 1a ed.

Buenos Aires : Interzona Editora, 2022.

96 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Ficciones)

ISBN 978-987-790-054-5

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© Ariel Magnus, 2022

© interZona editora, 2022

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Luciano Páez

Corrección: Anna Souza

Composición de interior: Brenda Wainer

Imagen de tapa: *Hombre en la ventana*, de Samuel van Hoogstraten

Imagen de contratapa: *Uriel D'Acosta instruyendo al joven Spinoza*,

de Samuel Hirszenberg


Composición de tapa: Fernando Ozón

ISBN 978-987-790-054-5

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Para mis padres,
que me dieron la religión
y la libertad de no practicarla.

Spinoza empieza donde termina da Costa.

Carl Gebhardt

Los escritos de Uriel da Costa

*Bem poderá a Fortuna este instrumento
Da alma levar por terra nova e estranha,
Offerecido ao mar remoto, ao vento.*

*Mas a alma, que de cá vos acompanha,
Nas azas do ligeiro pensamento
Para vós, águas, vòã, e em vós se banha.*

Luís de Camões

Doces e claras águas do Mondego

*El hoy fugaz es tenue y es eterno;
otro Cielo no esperes, ni otro Infierno.*

Jorge Luis Borges

Instante

Espeso, correoso, adulto, el escupitajo cayó de lleno en el ojo encendido, incrédulo, izquierdo. No fue solo su velocidad lo que le impidió cerrarlo a tiempo, ni tan solo el estupor lo que explicaba que hubiera demorado casi a conciencia, si eso era plausible, el acto reflejo de al fin protegerlo con el párpado y aun el hombro. Había alzado la vista, girando la cabeza hacia ese lado, menos para ver que para corroborar que no fuera cierto eso que había visto, la rabia esa, por el rabillo. Pero siguió viéndola, ya con el párpado bajo y mojado, mientras el resto del gargajo le corría por el pómulo como una lágrima demasiado gruesa, una lágrima del tamaño de un llanto. La saliva le fue untando el rostro con su densa, rara calidez, y al sentirla cerca de la siguiente comisura tuvo el impulso, casi reflejo ahora sí, de asomar la lengua y sorberla, como a la baba de un hijo. Asqueada por esa posibilidad, la secreción ajena, enemiga, prefirió girar abruptamente por el surco que se había hecho afeitar esa mañana, tras años de llevarlo poblado por un riacho de pelos encanecidos, y se dejó caer a plomo hasta el suelo de madera nueva. Un vaho rancio, como de almendra chupeteada y mordisqueada y abandonada en el canto del plato, ascendió en paralelo por la nariz, tan precipitado y nítido que creyó haberlo olido primero con la córnea.

En qué parte de la barba, y cuán metida entre sus pelos, se le hubiera alojado la flema infecta, se preguntó Uriel da Costa, de no haberse decidido esa mañana, espontáneamente, a pasar por la casa del barbero, a la que solo había asistido en el último

tiempo para hacerse extraer una muela que no lo dejaba dormir. El barbado barbero, adverso a la navaja como el buen leguleyo a los pleitos, trabajó rápido y sin abrir la boca, señal inequívoca de que sabía a quién estaba afeitando y, por tanto, para qué. Tampoco Uriel tenía ganas de entrar en conversaciones, aunque más no fueran sobre el clima, aun brumoso y húmedo, pero de temperatura ya decididamente primaveral. Desde hacía por lo menos una semana que casi no pronunciaba palabra, ni siquiera frente a Digna, la criada que había ido deviniendo esposa tras el fallecimiento de su Raquel y a quien el año anterior, el 5400 (o 1639, en la cuenta que ya no era la suya), tras quedarse simbólicamente sin hermanos y atento a que Dios no había querido darle descendencia, ni siquiera femenina, había estatuido ante notario público como su heredera universal. Digna hubiera preferido que la desposase, pero Uriel lo rechazó de plano, no por evitarse el compromiso sino para evitarle a ella la conversión, que aun sin mutilaciones era algo que ya no le deseaba a nadie.

En silencio se dejó vestir entonces por Digna esa mañana templada de principios de *iyar* (o fines de abril), aunque no pensó en el clima al rechazar el jubón, sino en la practicidad, puesto que hoy se vestía para desvestirse. Solo en camisa negra, entonces, con una chaqueta demasiado grande arriba a modo de sambenito, salió de la tajada de casa ligeramente ladeada sobre el Verwersgraft, que tanto esfuerzo le venía costando mantener, y se dirigió para el lado contrario de la sinagoga, como si buscara participar de la competencia tácita entre los vecinos de Vlooienburg por ver quién se cruzaba primero con el famoso pintor de los autorretratos, que acababa de mudarse a la vuelta de la esquina. Capeó el rodeo arrastrando la vista por los pulcros adoquines, la vieja espalda arqueada como caparazón, aunque hacía tiempo que sus conciudadanos se habían cansado de importunarlo en la vía pública y ya debían estar enterados de que hoy sería el fin de su exilio interno.

De todos modos iba atento a lo que ocurría a su alrededor, en especial a los sonidos de las obras, cada día una nueva; donde no subían el nivel de una casa que se había hundido por la blandura del terreno ganado al agua estaban tirando abajo otra para erigir una más grande en su lugar; donde no ampliaban una calle para que pudieran circular los carruajes con mayor comodidad era porque estaban abriendo otro canal para que los barcos con mercadería llegaran más rápido a cualquier rincón de la urbe. Lo único inaceptable allí, desde hacía ya décadas, era que pasase un día sin cambios estructurales, todo debía renovarse y expandirse, como el capital que lo motorizaba, ese alma pretendidamente inmortal del progreso humano.

Cruzó el Houtgracht a través del puente central, taponado a esa hora por los carros que volvían vacíos del mercado de verduras, arriba, y por las barcazas cargadas de palo Brasil, abajo. El aire ya olía a cebada camino a ser cerveza, además de a pescado que aún boquea, bosta fresca y leche cuajada que se derramó por accidente. Los bufidos resentidos de las bestias se imponían a las voces humanas, pero no al repiqueteo de los arneses macizos que los justificaban.

Desviándose otra vez del camino más recto hacia la casa del barbero, ubicada en el vértice del islote donde el Amstel traspasaba la barrera de troncos y se perdía entre los molinos de aspas cuadradas y las chozas de los trabajadores que no tenían permiso para vivir intramuros, Uriel giró hacia la derecha con la vaga idea de pasar antes por la carnicería de Samson Boquez, alentado por la aún más vaga esperanza de que la inminente ceremonia expiatoria le devolviera el apetito perdido. Lo que en realidad quería, descubrió de pronto, era volver a recorrer el lado pobre del gueto, con sus casas de madera en vez de ladrillo, habitadas mayormente por los judíos alemanes y donde él se había instalado con su familia un cuarto de siglo antes, al arribar desde Portugal. Así como en aquel entonces su primera salida

había sido a la sinagoga con el objetivo de retomar la tradición que sus ancestros se habían visto obligados a abandonar más de un siglo antes, así ahora, cuando se aprestaba a dejarse mutilar el honor con el mismo fin, quería recuperar aquella expectativa primigenia de una vida más auténtica que lo había arrastrado hacia la Jerusalén de Europa desde su Oporto natal.

Frente a la puerta de la escuela, que funcionaba en lo que había sido una de las tres sinagogas de la ciudad, unificadas ahora en la que estaba llamado a comparecer para arrepentirse públicamente de sus pecados, Uriel se cruzó con un grupo de niños que arrojaban canicas entre las botas y las chinelas de los transeúntes. Todos jugaban, aunque más no fuera de forma pasiva, menos uno de cara oblonga y ojos saltones, que al modo de un árbitro se ocupaba de cuidar las bolitas entre que salían de competencia y eran solicitadas otra vez para su renovación. Aunque la vista del muchachito estuviera dirigida a los jugadores, su atención se centraba en los vidrios, que hacía correr entre los dedos como cuentas de un rosario, tratando de que no se tocasen. Le repugnaba sentir que rasparan entre sí tanto como le fascinaba la tersura de su superficie, que podía acariciar durante todo el recreo sin cansarse, al igual que de más chico el lomo de los gansos en el patio de su casa. Estaba seguro de que no existía en el mundo nada más pulido ni homogéneo que esas esferas de pluma mineral, que con sus interiores tornasolados constituían por sí solas todo un mundo.

Baruch había empezado la escuela a mediados del año anterior, antes aun de cumplir los siete, en parte porque ya mostraba condiciones, en parte porque su madre acababa de morir y no había nadie que se ocupase de él durante el día. En pocos meses lo habían pasado a segundo grado, después de que aprendiera a leer de corrido el *sidur*, mientras que sus compañeros seguían luchando con el alfabeto hebreo. Ahora estaba llegando al cuarto libro de Moisés, aunque la clase, incluido su hermano

dos años mayor, apenas si había terminado el segundo, por lo que era muy probable que el otoño lo encontrara traduciendo las *parashás* bajo la guía del *jazán* o cantor de la congregación. Las traducciones desde el hebreo, el idioma de la sinagoga, no eran al portugués, el idioma que Baruch hablaba en su casa y con sus amigos, sino al idioma oficial de la escuela, que era el ladino. El único idioma que a Baruch nadie le había enseñado y del que por eso tenía un conocimiento muy defectuoso era el que se hablaba en el resto de la ciudad y del país, como si buscaran dejarle en claro no solo que vivía en una nación aparte, la de los portugueses, sino que debía cuidarse mucho de hacer nada que le valiera ser expulsado de ella.

—*Y a los hijos de Israel hablarás: varō que maldigere su Dio y llevara a su peccado matar sera matado apedrear apedrearán en el toda la compañía como el peregrino como el raigado*—leyó, de regreso del recreo, en la Biblia que llamaban de Ferrara, luego de descifrar el mismo versículo en la lengua original, siempre en voz alta, casi cantando.

Su maestro le había hecho saltar del capítulo 22 al 24 del Levítico, prometiéndole que al día siguiente recuperarían los versículos intermedios, con el fin de que llegara más preparado a la cita que tenían en un par de horas en el templo.

—*“Como el peregrino como el raigado”* significa que todos, tanto el extranjero como el natural, castigarán a cualquiera que se haya atrevido a mancillar el nombre de nuestro Señor —le explicó su maestro, encorvado como un aguilucho sobre el pupitre, para luego erguirse y con una sonrisa solemne anunciar—: Hoy verás la Biblia en acción.

Hacía días que giraba en torno a ese evento una excitación generalizada, superior incluso a la que había rodeado la inauguración de la sinagoga única para el último *rosh hashaná* o año nuevo. Uriel da Costa, ese nuevo judío que, como ellos, los Spinoza, había llegado a Ámsterdam desde Portugal, pero que

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA